

constantemente siempre se habia mantenido firme. Al fin, el 2 de Enero de 1825, vencido por las súplicas de todos los que le rodeaban, concedió para el día siguiente aquella audiencia tan largo tiempo negada. Por la mañana tuvo el rey intencion de partir para Caserta, y hacer recaer sobre una cacería, excusa que le parecía siempre valedera, la descortesía que se le pasaban ganas de hacer al buen canónigo; pero le disuadieron de ello: se quedó, pues, en Nápoles, recibió á don Ojori, el cual permaneció dos horas con él, y se separó dejándole su libro.

Como hemos referido, al día siguiente era cadáver el rey Fernando.

Los médicos declararon unánimemente que habia sido atacado de una apoplejía fulminante; pero el pueblo no lo creyó. La verdadera causa de su muerte, segun el pueblo, fué aquella audiencia que dió tan á disgusto al canónigo Ojori.

El canónigo Ojori era, con el príncipe de ***, el mas terrible *gettatore* de Nápoles. En el capítulo inmediato diremos lo que es la *gettatura*.

XV

LA GETTATURA

Nápoles, como todas las cosas humanas, sufre la influencia de una doble fuerza que rige su destino: tiene su genio malo que la persigue y su genio bueno que la protege; tiene su Arimanes que la amenaza y su Oromazes que la defiende, tiene su demonio que quiere perderla y su ángel que espera salvarla.

Su enemigo es la *gettatura*: su protector es San Genaro.

Si San Genaro no estuviera en el cielo, haria mucho tiempo que la *gettatura* hubiera anonadado á Nápoles: si la *gettatura* no existiera, hace largo tiempo que San Genaro hubiera hecho de Nápoles la reina del mundo.

Porque la *gettatura* no es una invencion de ayer; no se trata de una creencia de la edad media, ni de una su-

perstición del bajo imperio: es un azote legado por el antiguo mundo al mundo moderno; es una peste que los cristianos han heredado de los gentiles; es una cadena que queda al través de las edades, y á la que cada siglo añade un eslabon.

Los griegos y los romanos conocian la gettatura: llamábanla los primeros *alexiana*, los segundos *fascinum*.

La gettatura nació en el Olimpo; como se ve, es una plaga que trae su origen de muy buena casa. Por lo demás, véase la ocasion con que nació.

Venus, que habia salido del mar la vispera, acababa de ocupar un puesto entre los dioses; su primer cuidado habia sido procurarse un adorador en aquella augusta asamblea. Baco habia obtenido la preferencia; Baco era feliz.

Por mas que Venus fuese diosa, se encontraba sometida á las leyes de la naturaleza simplemente como una mujer; en su cualidad de inmortal estaba destinada á usar de ellas mas largo tiempo y con mas frecuencia; he aquí toda la diferencia. Apercibióse Venus un dia de que iba á ser madre. Como la criatura que llevaba en su seno era la primera de aquella larga série de vástagos con que la diosa de la belleza debia poblar los bosques de Amatonte y las florestas de Citerea, el descubrimiento de su nuevo estado suscitó en ella un sentimiento de pudor que la determinó á ocultarlo á las miradas de todos los dioses. Anunció, pues, Venus, que su delicada salud la obligaba á habitar durante algun tiempo en el campo, y se retiró á las mas apartadas habitaciones de su palacio en Pafos. Todos los dioses fueron burlados con aquella falsa indisposicion, no hubo uno, hasta el mismo Esculapio, que no declarase que Venus no tenia otra cosa que una enfermedad de nervios que se calmaria con baños y recreo; solo Juno advinó todo.

Juno era muy lista en semejante materia. Su esterilidad

la hacia celosa: no se ensanchaba un talle en todo el Olimpo, cuya primera linea de aquel aumento no la saltase á la vista. Habia seguido los progresos del de Venus, y con anticipacion pronosticó la desgracia al fruto que de ella naciera.

Por tanto, resolvió no perderla de vista un instante, á fin de hacer un sortilegio sobre el desgraciado fruto de las entrañas de su nuera. Así en cuanto Venus sintió los primeros dolores, se presentó Juno para situarse á la cabecera de su cama disfrazada de matrona.

Venus era muy sensible, como debe serlo toda mujer á la moda; lanzó, pues, tremendos gritos mientras duró el parto; al fin dió á luz al niño Priapo.

Recibióle Juno en sus manos, y mientras Venus medio desmayada cerraba sus hermosos ojos humedecidos por las lágrimas, se dispuso á lanzar sobre el niño la maldición fatal que debia influir sobre el resto de su vida.

En el instante mismo en que Juno fijaba sus ojos llenos de cólera sobre el recién nacido, se detuvo estupefacta. Jamás habia visto, aun entre los mas grandes dioses, nada semejante á lo que veia en aquel momento.

Por corto que fuese aquel momento de vacilacion, salvó á Priapo. Baco, que desde lo interior de la India, donde se hallaba ocupado en enseñar á los birmanes el mejor modo de clarificar el vino, habia oido los gritos de Venus, acudió apresuradamente; se precipitó en la alcoba de la parida, corrió hácia el niño, y en su ardor paternal le arrancó de los brazos de Juno.

Creyóse Juno descubierta; salió furiosa, entró en su carro y se remontó al cielo. Baco ignoraba, sin embargo, quien fuese; pero lo adivinó, primero por los gritos de sus pavos reales; luego por el rasgo de luz que dejaba en pos de sí. Conocia de mucho tiempo el carácter de su madrastra: él mismo se habia visto obligado á permanecer seis meses oculto en el muslo de Júpiter para librarse de

sus celos: comprendió que lo pasaría mal el pobre niño si alguna vez ponía la mano en él: le llevó corriendo y fué á ocultarle en la isla de Lamparque.

Mas divulgóse el rumor de lo que habia pasado, asi como de la circunstancia á la que el jóven Priapo habia debido la vida; no se necesitó mas para que creyeran los antiguos que habian hallado un remedio contra la getatura; de ahí ciertos diges sacados de las escavaciones de Herculano y de Pompeya, que formaban parte del tocado de las mujeres.

Entre los modernos, donde no están en uso esos diges, los han reemplazado los cuernos. No entraís en una casa de Nápoles algo aristocrática, en donde no sea el primer objeto que hiere vuestra vista en la antecámara un par de cuernos; cuanto mas largos, son mas eficaces. Generalmente los piden á Sicilia: allí es donde se encuentran los mas hermosos. Los he visto que tenian hasta tres piés de largo y costaban quinientos francos el par.

Ademas de estos cuernos domiciliars, que no se pueden, visto su volumen, llevar facilmente consigo, hay tambien cuernecitos que se llevan al cuello, en el dedo, en la cadena del relój: encuéntrase esto en todas las calles, en todos los comercios de bisutería. Este simbolo preservativo es ordinariamente de coral ó de azabache.

Mucho desearía poder decir cuales son las causas que han elevado los cuernos á ese grado de honor entre los napolitanos; pero por mas investigaciones que he hecho con ese motivo, conozco que no he podido descubrir absolutamente nada que pueda apoyar la mas insignificante teoría ó ser sostenida por el menor sistema. Sucede porque sucede; no me preguntéis, pues, otra cosa, porque me vería obligado á pronunciar esa palabra que tanto cuesta á la boca humana: no sé:

Conocian los antiguos tres medios de echar el destino, porque la getatura no es otra cosa que la sustantivacion

del verbo gethare, por el tacto, por la palabra, por la mirada:

*Cujus ab attractu variarum monstra ferarum,
In juvenes veniunt nullius mansit imago.*

Dice Ovidio:

*Quæ nec pernumerare curiosi.
Possint nec mala fascinare lingua.*

Dice Cátulo:

Nescio quis teneros oculis mihi fascina agnos.

Dice Virgilio:

¿Quereis ahora ver pasar esta creencia del mundo pagano al mundo cristiano? Escuchad á San Pablo dirigiéndose á los gálatas.

¿Quis vos fascinavit non obedire veritate.

¿Creera, pues, San Pablo en la getatura?

Pasemos ahora á la edad media, y ojeemos á Brcheper, monge del monte Casino, que florecia por el año 842:

« He conocido, dice el venerable cenobita, al señor Landol, obispo de Capua, hombre de una singular prudencia, el cual tenia costumbre de decir: Siempre que encuentro á un monge, me sucede alguna desgracia en aquel dia. *Quoties monachum viso cerno, semper mihi faturdies auspicia tristia subministrat.* »

Esta creencia existe en toda su fuerza en Nápoles, Cuando partimos para Sicilia, me parece haber referido que en el momento de embarcarnos, nos encontramos un abate, y que al verle nos habia propuesto el capitan sus

penden la marcha hasta el día siguiente. No hicimos caso, y nos asaltó una tempestad que nos tuvo veinte y cuatro horas entre la vida y la muerte.

De las tres gettaturas conocidas en la antigüedad, dos se han perdido en el trascurso del tiempo, y una sola ha quedado, la gettatura de la mirada. Es verdad que es la mas terrible: *Nihil oculo nequius creatum*, dice el Eclesiastes, cap. 21.

Sin embargo, así como Dios ha querido que la culebra de cascabel se descubriese á sí misma por el ruido que hacen sus anillos, ha impreso en la frente del gettatore ciertos signos por los que teniendo alguna costumbre se le puede reconocer. Comunmente el gettatore es delgado y pálido; tiene la nariz encorvada á manera de pico de cuervo, ojos grandes que tienen algo de los del sapo, y que ordinariamente oculta, para disimular su defecto, con unos anteojos: el sapo, como todos saben, ha recibido del cielo el don fatal de la gettatura: mala al ruiseñor mirándole.

Así, pues, cuando encontréis en las calles de Nápoles un hombre de ese aspecto, guardaos, porque se puede apostar ciento contra uno á que es un gettatore. Y si es un gettatore y sois el primero á quien ha visto, el mal está hecho; ya no hay remedio, humillad la cabeza y esperad. Si por el contrario, habeis evitado su mirada, apresuráos á presentarle el dedo anular estendido: el maleficio quedará conjurado: — *Et digitum porrijitum medium*, dice Marcial.

Escusado es decir, que si llevais con vosotros algun cuerno de azabache ó de coral, no teneis necesidad de tomar todas estas precauciones. El talisman es infalible, al menos así lo dicen los comerciantes de cuernos.

La gettatura es una enfermedad incurable; se nace gettatore y gettatore se muere. En rigor puede adquirirse

esa propiedad; pero el que una vez la adquiere, ya no puede dejar de serlo.

En general, los gettatore ignoran su fatal influencia; como es muy mal cumplimiento decirle á un hombre que es gettatore, y por otra parte, hay algunos que lo llevarian muy á mal, conténtase todo el mundo con librarse de ellos como puede, y si no se puede conjurando su influencia, haciendo con su mano la seña dicha. Siempre que veais en Nápoles dos hombres que están hablando en la calle, y que uno de ellos oculta su mano cerrada, reparad bien en aquel con quien habla: es un gettatore, ó á lo menos un hombre que tiene la desgracia de pasar por tal.

Quando un extranjero llega á Nápoles, empieza por irse de la gettatura; luego poco á poco le preocupa aquella idea; en fin, al cabo de tres meses de permanencia, le veis cubierto de cuernos desde los piés á la cabeza, y la mano derecha continuamente crispada.

Nada preserva de la gettatura, mas que los medios que he indicado. No hay rango, fortuna, ni posición social que os ponga al abrigo de sus tiros. Todos los hombres son iguales ante ella.

Por otro lado, para el gettatore no hay edad, sexo ni estado: igualmente puede ser niño ó anciano, hombre ó mujer, abogado ó médico, magistrado, sacerdote, industrial ó noble, lazzaroni ó gran señor; lo que hay que saber únicamente, es si una ú otra de esas edades, si uno ú otro de esos sexos, si una ú otra de esas condiciones, aumenta ó disminuye la gravedad del maleficio.

Hay acerca de esto en Nápoles un trabajo sumamente minucioso del donoso signor Nicolo Valletta: discute en un volumen todas las cuestiones que han dividido en este punto á los sabios antiguos y modernos hace veinte y cinco siglos.

Examinase allí :

- 1.º Si el hombre echa un destino mas terrible que la mujer;
- 2.º Si el que lleva peluca es mas temible que el que no la lleva;
- 3.º Si el que gasta anteojos es mas temible que el que lleva peluca;
- 4.º Si el que toma tabaco es mas temible que el que gasta anteojos, y si los anteojos, la peluca y la caja de tabaco combinándose, triplican el valor de la gettatura;
- 5.º Si la mujer gettatriz es mas temible, cuando está en cinta;
- 6.º Si hay mas que temer todavía de ella cuando hay certeza de que no lo está;
- 7.º Si los frailes son por lo general mas gettatores que los demás hombres, y entre los frailes cuál es la orden mas temible en este punto;
- 8.º A qué distancia se puede hacer el mal de ojo;
- 9.º Si se puede echar de costado, de frente ó por detrás;
10. Si hay en realidad gestos, tonos de voz y miradas especiales, por las que se puede reconocer á los gettatores;
11. Si hay oraciones que puedan librar de la gettatura, y en este caso, si hay oraciones especiales para librarse de la gettatura que proviene de los frailes;
12. En fin, si el poder de los talismanes modernos es igual al poder del talismán antiguo, y cuál es mas eficaz, si un cuerno ó dos.

Todas estas investigaciones están consignadas en un volumen del mas alto interés, y que de buena gana haría conocer á mis lectores. Desgraciadamente se niega mi

editor á imprimirle en mis notas justificativas, á pretexto de que es un in-fólio de 600 páginas. Pero aconsejo á todo viagero le adquiera en cuanto llegue á Nápoles, mediante la módica suma de seis carlinos.

Ya que hemos examinad) la gettatura en sus efectos y causas, refiramos ahora la historia de un gettatore.

XVI

EL PRINCIPE DE***

El príncipe de***, si se exceptúan los anteojos, la peluca y la caja de tabaco, nació con todos los caracteres de la gettatura. Tenia los labios delgados, ojos grandes y fijos, y nariz de pico de cuervo; su madre no tuvo la dicha de ver al recién nacido que era su segundo hijo: murió de parto.

Buscaron una nodriza para el niño, y encontraron una hermosa y robusta aldeana de las cercanías de Netune: pero apenas el desventurado niño la llegó al pecho, se aco-
dó su leche.

Forzoso fué alimentar al principito con leche de cabra, lo que le dió para todo el resto de su vida un paso de saltarín por el que se le reconocia, gracias al cielo, á

trecientos pasos de distancia, mientras que con sus grandes ojos no pudo morder mas que tocando. Alabemos al Señor, puesto que lo que ha hecho, bien hecho está.

Al saber la muerte de su mujer, y el nacimiento de un segundo hijo, el príncipe de***, que era embajador en Toscana, fué precipitadamente á Nápoles; entró en el palacio, lloró á la princesa, abrazó paternalmente al niño, y se fué á presentar al rey. Este le volvió la espalda, llevando muy á mal que el príncipe abandonase su embajada sin autorizacion; quiso hacer valer el amor paternal, pero el amor paternal le costó su empleo.

Esta catástrofe entibió un poco el cariño del príncipe de*** á su hijo; por otra parte, como hemos dicho, tenia un hijo primogénito, á quien pertenecian de derecho títulos, honores, riquezas. Decidióse, pues, que el hijo segundo recibiria las órdenes. El principito era demasiado jóven para tener alguna opinion acerca de su porvenir: dejó, pues, que hicieran lo que quisieran.

El día en que entró en el seminario, todos los niños de la clase en que entró se vieron atacados de la coqueluche. Y notad que en medio de todo esto ningun accidente personal sobrevenia al principito; se le veia desarrollar y prosperaba que era un portento.

Hizo sus estudios con el mayor éxito, sobresaliendo entre sus condiscipulos. Una sola vez, no se sabe cómo sucedió aquello, no sacó mas que el segundo premio; pero el estudiante que habia obtenido el primero, al ir á recibir su corona, tropezó en el primer escalon del estrado y se rompió la pierna.

Mas el niño llegó á ser jóven. Por retirado que estuviese el seminario, el ruido del mundo llegaba hasta él. Además, en sus paseos con sus compañeros, veia pasar lindas damas en elegantes carruages, y apuestos jóvenes en briosos

corceles; luego, al extremo de la calle de Toledo, sabia existia un edificio que se llamaba San Carlos, y de cuyo interior se referian tantas maravillas, que nada eran en su comparacion las de los palacios y jardines de Aladin. Resultaba de aqui que el principito deseaba mucho entablar conocimiento con las mas hermosas damas, montar á caballo como los apuestos mancebos, y sobre todo entrar en San Carlos para ver lo que en realidad pasaba allí.

Desgraciadamente esto era imposible; el principe de***, que conservaba siempre sobre su corazon el peso de su desgracia, guardaba rencor á su hijo segundo. Por otra parte, el principe Hércules, á quien se hacia viajar á fin de que no tuviese contacto alguno con su hermano, cada dia se hacia mas perfecto caballero, y prometia mantener magníficamente el honor del nombre. Razon mas para que el pobre principito permaneciese confluado en su seminario.

Sin embargo, empeoraban los negocios entre el reino de las Dos Sicilias y la Francia; se hablaba de una cruzada contra los republicanos; el rey Fernando, como en otra parte hemos dicho, queria dar el ejemplo de ella. Levantáronse tropas en todos sitios, reunióse un ejército, y se anunció con gran solemnidad que el arzobispo de Nápoles bendeciria las banderas en la catedral de Santa Clara.

Como era esta una cosa muy curiosa, y por grande que fuese la iglesia, no era posible que todo Nápoles pudiera caber en ella, se decidió que asistiesen solamente á las ceremonias los diputados de las diferentes órdenes del Estado. Además los colegios, las escuelas y los seminarios tenian derecho de enviar á ella á los discipulos de cada clase que hubieran sacado los primeros premios en los ejercicios mas próximos al dia en que debia verificarse la ceremonia. El principito era el que habia sacado el primer premio en su triple composicion de tema, traduccion y teología; el principito, que hacia milagrosos progresos, se

hallaba entonces en retórica y tendria de diez y seis á diez y siete años. Llegó el gran dia. La ceremonia fué solemne; todo se ejecutó con una tranquilidad y una magnificencia completas; únicamente en el momento en que despues de la bendicion desfilaban los estandartes para salir de la iglesia, uno de los que los llevaban cayó muerto de una apoplejía fulminante al pasar por delante del principito. Este, que tenia un excelente corazon, se precipitó al punto hácia el desgraciado para socorrerle, pero ya habia exhalado el último suspiro. Viendo lo cual, cogió el principito la bandera, la agitó con aire marcial que indicaba lo que llegaria á ser algun dia, y la entregó á un oficial gritando: ¡Viva el rey! grito que fué repetido con entusiasmo por todos los circunstantes.

Tres meses despues era batido el ejército napolitano; la bandera con otras doce habia caido en poder de los franceses, y el rey Fernando se embarcaba para Sicilia.

El principito habia concluido sus estudios; tratábase de hacer la elección de convento. El jóven eligió los Camaldulenses. En consecuencia salió del seminario donde habia pasado su adolescencia, y entró como novicio en el monasterio donde debia pasar su virilidad y extinguirse su vejez.

Al dia siguiente de su entrada en los camaldulenses, apareció el decreto del nuevo gobierno, por el que se suprimian las comunidades religiosas. Vióse entonces el jóven obligado á seguir la carrera de la prelacia, porque suprimidos los conventos, no dejaba él de ser el hermano segundo, ni por eso era mas rico. Durante tres meses se paseó, pues, por las calles de Nápoles con un sombrero tricorno, un manto negro y medias de color de violeta; luego se decidió á recibir las órdenes menores.

La mañana del dia fijado para la ceremonia, decidió la república Partenopea, que acababa de proclamarse, que no habiendo igualdad ante la ley mientras no hubiese igualdad

en las herencias, quedaba abolido por consiguiente el derecho de mayorazgo.

Este nuevo decreto quitaba cien mil libras de renta al príncipe Hércules, hermano mayor de nuestro héroe, el cual se encontraba poseedor de un capital de dos millones.

Como el principito no tenía una gran vocación á la iglesia; hizo con las medias moradas lo que había hecho con el hábito blanco; envió el tricordio á unirse con la capucha, llamó al mejor sastre de Nápoles, compró el mas bonito carruaje y los mas hermosos caballos que pudo encontrar, y envió á tomar para la misma noche un palco en San Carlos.

San Carlos era en verdad digno del deseo que había tenido siempre el principito de entrar en él: era uno de los monumentos con que Carlos VII, durante su temporal reinado, había dotado á Nápoles. Un dia hizo llamar al arquitecto Angel Carasale, y poniendo todos sus tesoros á su disposición, le dijo no economizase gasto alguno, pues que quería le hiciese el mas bello salon que existia en el mundo. El arquitecto se había comprometido á ello (los arquitectos se comprometen siempre): en seguida, aprovechándose de la licencia concedida, había elegido un sitio próximo al palacio, echado abajo una porcion de casas y despejado un terreno inmenso, sobre el que se elevó con una maravillosa rapidez aquella obra de las hadas. En efecto, el teatro se empezó en el mes de Marzo de 1737, estuvo terminado el 1.º de Noviembre, y se abrió el 4 del mismo mes, dia de San Carlos.

Si no hubiésemos renunciado á las descripciones por la convicción que tenemos de que ninguna descripción describe, intentaríamos referir el número de espejos, calcular el número de bugias, enumerar los árboles en flor que aquella noche hacían del teatro de San Carlos, la octava maravilla del mundo. Habían preparado un gran palco pa-

ra el rey y su real familia, y en el momento en que sus augustos espectadores entraron en él, tan grande fué la impresion que ellos mismos experimentaron, que dieron la señal de los aplausos; al punto la sala entera estalló en bravos y gritos de admiracion.

No fué esto todo. El rey hizo se presentara el arquitecto en el palco, y poniéndole la mano en la espalda á vista de todos, le felicitó por su admirable éxito.

— Solo una cosa falta en vuestra sala, dijo el rey.

— ¿Cuál? preguntó el arquitecto.

— Una galería que conduzca desde palacio al teatro.

El arquitecto inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

Terminado el espectáculo, salió el rey de su palco y encontró á Carasale, que le esperaba.

— ¿Qué habeis hecho durante todo el tiempo de la representación? le preguntó el rey.

— He ejecutado las órdenes de V. M., respondió Carasale.

— ¿Qué órdenes?

— Dignese V. M. seguirme y lo verá.

— Sigámoslo, dijo el rey volviéndose hácia la familia real; cualquiera cosa que haya hecho no me admirará, hoy es dia de maravillas.

Siguió el rey el arquitecto; pero por mas que hubiese dicho otra cosa, su admiracion fué grande, cuando vió abrirse ante él las puertas de una galería interior, tapizada con telas de seda y espejos; esta galería, que tenía dos puertas echadas á una altura de treinta piés, y una escalinata de cincuenta y cinco escalones, había sido improvisada en las tres horas que había durado la representación.

San Carlos, pues, era hacia sesenta años la admiracion y la envidia de toda la tierra. No era por tanto de estra-

ñar que hubiese tenido el principito tan grande desco de ver á San Carlos.

En la noche misma en que el principito habia visto San Carlos, y cuando el último espectador salia de la sala, se prendia fuego al teatro; al día siguiente no era San Carlos mas que un monton de cenizas.

Ya hacia largo tiempo circulaban alarmantes rumores acerca del principito; pero desde aquel día aquellos rumores adquirieron una consistencia real. Recordábanse con espanto las diferentes consecuencias de que habia sido causa, y comenzaron á huir de él como de la peste. Sin embargo, aquellos rumores encontraban incrédulos; en Nápoles, como en todas partes, hay ánimos robustos que se jactan de no creer nada. Por otra parte, la presencia de los franceses habia puesto de moda el escepticismo, y la señora condesa de M***, que apreciaba mucho á los franceses, decia muy alto que no creia absolutamente nada de lo que se decia del pobre principito, y que, en prueba de su incredulidad, daría un gran sarao espresamente para recibirle, y para probar con la impunidad que todos los rumores que circulaban acerca de él eran ridículos y erróneos.

La nueva del reto lanzado á la gettatura por la condesa de M***, corrió por todo Nápoles; la primera palabra de todos los convidados fué que no irían ciertamente á aquel sarao: pero llegado el día señalado, pudo mas la curiosidad que el temor, y desde las nueve de la noche, los salones de la condesa estaban llenos. Felizmente toda aquella multitud se espaciaba en magníficos jardines iluminados con vasos de colores; y en cuyos bosquesillos estaban colocados grupos de instrumentistas y cantores.

A las diez llegó el príncipe de***; era entonces un apuesto caballero que hacia mucho tiempo gastaba anteojos, es verdad; que acababa de adquirir el vicio de tomar polvo, mas por tono que por otra cosa, tambien es ver-

dad; pero á quien su magnífica cabellera ondulante y rizada debia todavía por largo tiempo dispensar de recurrir á la peluca. Era de un carácter encantador, parecia estar siempre alegre, se frotaba las manos sin cesar, y no carecia de imaginacion; en una palabra, era un hombre con todas las circunstancias para brillar en sociedad, á no ser aquella maldita gettatura.

Su entrada en casa de la condesa de M***, se señaló por un pequeño accidente; pero justo es decir que la causa de aquel accidente, lo mismo podia ser la torpeza que la fatalidad: un lacayo que llevaba una bandeja de helados, la dejó caer precisamente en el momento en que el príncipe abria la puerta. Sin embargo, la coincidencia de su aparicion con aquel desastre, hizo que se fijaran en él, por mas que fué obra de un momento.

El príncipe fué en busca de la señora de la casa. Paseábase esta en los jardines como todos los convidados. Hacia una de esas magníficas noches del mes de Junio, cuyo calor en Nápoles se disminuye por esa dulce brisa del mar, que no se conoce mas que allí. Centelleaban las estrellas en el cielo, y la luna que se elevaba por encima del humeante Vesubio, parecia una enorme bala roja lanzada por un gigantesco mortero.

Despues de haber discurrido el príncipe por espacio de diez minutos entre la multitud, haber respirado aquel aire, haber aspirado sus perfumes y admirado aquel cielo, encontró al fin á la señora de la casa, en busca de la cual se habia dirigido, como hemos dicho.

En cuanto vió al príncipe la señora condesa de M***, se dirigió hácia él: cambiaron los saludos de costumbre; en seguida, para probar lo que despreciaba los rumores que circulaban, dejó el brazo de su caballero y tomó el del príncipe. Obligado con aquella señal de deferencia, el príncipe quiso reconocerla alabando el sarao.

— ¡Ah! señora, dijo; ¡qué recepcion tan encantadora nos dispensais! por largo tiempo se hablará de ella.

— ¡Oh! príncipe, respondió la señora condesa de M***; exagerais el valor de una reducida reunion sin importancia.

— De nuestro honor, dijo el príncipe. Verdad es que todo concurre á hacerla mas magnífica, y que la Providencia os ha proporcionado el tiempo mas hermoso.

No habia acabado el príncipe de hablar, cuando se oyó un trueno en el Olimpo, y una nubecilla en que nadie habia reparado, abriéndose de repente, derramó un espantoso aguacero. Cada uno escapó por donde pudo; los unos buscaron un momentáneo abrigo en las grutas ó en los kioscos; los otros huyeron hácia el palacio; la condesa de M*** y el príncipe fueron de estos últimos.

Y adviértase que en el mes de Junio es Nápoles una especie de Egipto, respecto á la lluvia, porque hay tres meses en el año, Junio, Julio y Agosto, durante los que la sequedad, cual si fuera en los arenales de la Libia es tal, que para hacerla cesar, nadie se atreveria á sacar en rogativa el cuerpo de San Genaro de su tabernáculo, por temor de comprometer el poder del santo.

El príncipe no habia necesitado mas que decir una palabra, y un nuevo diluvio habia en el mismo instante abierto las cataratas del cielo.

El salon principal, vasta rotonda al rededor de la que estaban situadas todas las demas habitaciones, estaba iluminado por una magnífica araña de cristal que la condesa de M*** habia recibido de Inglaterra tres meses antes, y que mandó encender aquella noche por primera vez. Era de un efecto mágico aquella araña, tanto se multiplicaba la luz reflejada por las mil placetas de cristal, presentando todos los colores del arco iris. Asi en el momento en que el príncipe y la condesa llegaron al dintel de la puerta, se detuvo el príncipe deslumbrado.

— ¡Y bien! ¿qué teneis, pues, príncipe? preguntó la condesa de M***.

— ¡Ah! señora, exclamó el príncipe, ¡qué teneis una magnífica araña!

Apenas el príncipe habia pronunciado esas palabras de elogio, cuando uno de los anillos dorados que sostenian en el techo al nuevo sol, se rompió, y la araña, cayendo sobre el suelo, se hizo mil pedazos.

Felizmente sucedió en el momento mismo en que cada uno ocupaba su puesto para la contradanza; el centro del salon se encontraba pues, desocupado, y gracias á esto no hubo ningun herido.

La Señora de M*** comenzó á arrepentirse de haber tentado de aquel modo á Dios invitando al príncipe; pero la idea de que retrocedia ante tres accidentes que podian á lo mas ser efecto del acaso; el temor á los sarcasmos de sus amigos si demostraba ceder á aquella idea; la dificultad de desembarazarse del príncipe á quien daba el brazo, y que se confundia en espresiones de sentimiento por las catástrofes tan increíbles como inesperadas que se reunian para llevar la tristeza al sarao; todas estas consideraciones reunidas, la decidieron á poner buen rostro á la desgracia; y á seguir hasta el fin el camino en que se habia empeñado. Asi, pues, la condesa redobló su amabilidad para con el príncipe, y dejando aparte la bandeja caida, la tempestad sobrevenida y la araña rota, todo continuó perfectamente.

El canto alternaba en el sarao; era el momento en que Paesiello y Cimarosa, esos dos antecesores de Rosini se dividian los aplausos del mundo musical. Cantábanse alternativamente trozos del uno y del otro. Uno de los mejores intérpretes de aquellos dos grandes génios, era la signora Erminia, prima donna del desventurado teatro de San Carlos, que todavía humeaba. Era esta un soprano de la mayor estension, con una seguridad de voz y de métc-

do, que no se recordaba haber oído á dilettante alguna nada semejante.

En efecto, en tres años que la signora Erminia llevaba en Nápoles jamás se la oyó la menor aspereza, nunca ni una nota dudosa, jamás, en fin, *gato en la garganta* (*chat dans le gosier*), para servirnos del término sancionado. Había prometido cantar el famoso: *Pria che spunti*, y había llegado el momento de cumplir su promesa.

Así concluida la contradanza, cada uno se colocó en su sitio para dejar el salón libre á la signora Erminia.

El que había de acompañar, se colocó al piano, la signora se levantó para acercarse á él; pero como tenía que atravesar sola todo el inmenso salón, el príncipe que la había apreciado en lo que valía, la única vez que había ido á San Carlos, dió sus excusas á la condesa de M***, y colocándose delante de la célebre cantatriz, la ofreció el brazo para conducirla á su puesto.

Aplaudieron todos aquel arranque de galantería, tanto mas notable, cuanto que provenia de un jóven que la víspera estaba todavía en el seminario.

En seguida volvió el príncipe á reclamar el brazo de la condesa de M*** en medio de un murmullo general de aprobacion.

Pero no tardaron en oírse las palabras: *¡Chut! silencio! ¡ojigamos!* El acompañante lanzó su brillante prelude á la impaciente concurrencia. La cantatriz tosió, y faltó poco para que se sonrojase: en seguida abriendo la boca, pronunció su primer sonido.

Le había tomado medio tono mas alto, y á la mitad del cuarto compás, dió un espantoso gallo.

Como era una cosa maravillosa, inaudita, casi imposible de creerse, se apresuraron todos á tranquilizar á la cantatriz colmándola de aplausos; pero el golpe estaba dado, y la signora Erminia, sintiéndose dominada por una fuerza fatal superior á su genio, comprendió que andaba

en ello la gettatura; salióse precipitadamente del salón, lanzando una terrible mirada al pobre príncipe, á quien atribuía la desgracia que acababa de sucederle.

Esta série de acontecimientos empezaban á tener intranquila á la señora de M***; todas las miradas estaban fijas en ella y en el desgraciado príncipe cuya primera entrada en el mundo se señalaba por desastres tan estraños. Pero como aparte los cumplimientos de sentimiento que se creía obligado á hacer á la señora de M***, el príncipe por su lado parecia que no advertía que él era la causa presunta de todos aquellos efectos, y envanecido con el honor de sostener en su brazo el brazo de la dueña de la casa, tenía el aspecto de no quererse desasir de él en toda la noche, la señora de M*** buscó un medio político de volver á entrar en posesion de sí misma, fingiendo estar cansada de permanecer en pié, y suplicando al príncipe la condujese á un encantador gabinetito que daba al salón, y que se había conservado enteramente amueblado, precisamente con el objeto de ofrecer un sitio de descanso á los bailarines y bailarinas fatigados.

Era tanto mas encantador aquel tocador, cuanto que su puerta de dos hojas se abría al salón; de modo que cesando de formar parte del baile como actor, retirándose á aquel gabinetito se continuaba permaneciendo espectador.

Allí fué á donde el príncipe de *** condujo á la condesa; y como era un caballero lleno de urbanidad, fué á coger un sillón de junto á la pared, lo arrastró en frente de la puerta, de modo que al mismo tiempo que descansaba, la señora de M*** pudiese ver perfectamente: aproximó una silla al sillón, á fin de no verse obligado á separarse de ella, y saludándola, la hizo señal de que se sentara.

La señora de M*** iba á hacerlo; pero en el momento en que se sentaba, los dos piés posteriores del sillón se rompieron á un tiempo, de modo que la pobre condesa

dió una caída de las mas desagradables. Asi cuando el principe, precipitándose hácia ella la ofreció la mano para ayudarla á levantar, rechazó su mano con una vivacidad que habia cesado de moderar la política, y ruborizada y confusa se metió corriendo en su alcoba, donde se encerró, y de donde ya no quiso salir por mas instancias que la hicieron á la puerta.

Ausente la señora de la casa no podia ya continuar el baile. Asi se retiraron todos, maldiciendo al desventurado convidado que habia convertido aquella deliciosa fiesta en una série no interrumpida de accidentes. El principe fué el único que no notó las causas de aquella prematura desercion; quedó el último, y se obstinaba todavía en procurar que volviera á presentarse á la señora de M***, cuando los criados fueron á decirle que su presencia era lo único que impedía apagar los candelabros y cerrar las puertas.

El principe, que al fin era hombre de buen gusto, comprendió que una permanencia mas larga seria una inconveniencia, y se retiró á su casa, encantado de su estremo en el mundo, y no dudando que su amabilidad habria causado en el corazon de la condesa el efecto mas desastroso para su tranquilidad en el porvenir.

Compréndese que los acontecimientos de aquel famoso sarao produjeron una inmensa sensacion; aquello se aguardaba para formar una opinion definitiva acerca del principe de***. Desde aquel momento se fijó la opinion.

En esto, el principe Hércules, de quien ya hemos dicho algo, llegó de vuelta de sus viajes; habia recorrido la Francia, Inglaterra, Alemania, y en todas partes habia tenido gran éxito. Y era muy justo, porque pocos hombres le merecerian con tan buen título como él. Era un escelente caballero, un bailarín perfecto, y sobre todo, un tirador de espada y de pistola de primera clase, superioridad que habia acreditado con una docena de duelos en los que

siempre habia muerto ó herido á sus adversarios, sin que le hubiese tocado á él un solo arañazo. Asi el principe Hércules tenia en aquella clase de asuntos una confianza que naturalmente se aumentaba con el temor que inspiraba.

La entrevista de los dos hermanos fué, como era natural algo fria: jamás se habian visto, y el principe Hércules, perdonando á su hermano menor la brecha que habia abierto en su fortuna, no tenia bastante filosofía para olvidarlo completamente. No obstante, el principe primogénito era tan leal, el principe menor era tan buen hermano, que al cabo de algunos dias eran ya inseparables.

Mas el principe Hércules no habia pasado algunos dias en una ciudad en que no se hablaba mas que de la fatal influencia que iba unido á su hermano menor, sin que oyese por uno ú otro lado algunas palabras aisladas que alarmasen su susceptibilidad. Por tanto, el principe escuchó con atencion todo lo que se decia respecto á su hermano, y cogiendo en la Villa Reale á un jóven en flagrante delito de narracion, inauguró su esplicacion con él lanzándole al rostro uno de esos mentis que no admiten otra reparacion que la que se hace con las armas. Señalóse la hora para el dia siguiente; los testigos debian arreglar las condiciones del duelo.

Una provocacion tan pública hizo gran ruido en la ciudad. Si hubiese sido en tiempo del rey Fernando, aquel ruido hubiese sido una felicidad, porque indudablemente hubiera llegado á noticia de la policia, que hubiera tomado sus medidas para que el desafio no se efectuase; pero el régimen habia variado estraordinariamente: se habia instituido la república Partenopea desde Gaeta á Reggio, y hubiese sido mirado como un atentado á la libertad individual impedir á los ciudadanos que vivian bajo su maternal proteccion, hacer lo que mejor les pare-

ciese. Dejó, pues, la policía seguir las cosas su curso natural.

Mas estaba en el curso de las cosas que nuestro héroe supiese que su hermano debia batirse al dia siguiente, ignorando siempre la causa por qué se batia. Bajó al punto á la habitacion de su hermano, para informarse de lo que habia de cierto en la noticia que habia llegado hasta él; el príncipe Hércules le confesó entonces que en efecto debia batirse al dia siguiente, pero añadió que siendo la causa del duelo una mujer, no podia hacer partícipe á nadie del secreto de aquella aventura, ni aun á su mismo hermano.

Comprendió perfectamente el jóven príncipe este suceso de delicadeza, mas exigió de su hermano le permitiese ser su testigo. Rebusó este al principio, pero insistió tanto el principito, que al fin consintió el príncipe Hércules en lo que le pedia, á condicion, sin embargo, de que no haria ninguna pregunta sobre la causa de la querella, ni consentiria en ninguna avenencia.

En cuanto á la eleccion de las armas, el príncipe Hércules la dejaba enteramente á la disposicion de su adversario, siéndole la pistola tan conocida como la espada, y vice-versa.

Dos horas despues de esta conversacion, habian decidido los testigos, sin mas esplicacion, que los dos adversarios se encontrarían al dia siguiente, á las seis de la mañana, en el lago de Agnan, y que el arma con que se batirian seria la espada.

Con esto el príncipe Hércules se durmió con tal tranquilidad que fué preciso al dia siguiente á las cinco que le despertase su hermano.

Partieron los dos en su tilburi, llevando consigo á su médico, quién debia socorrer indiferentemente á aquel de los adversarios que fuese herido.

A la entrada de la gruta de Pouzsoles, se reunieron á

aquellos con quienes tenian que ventilar el asunto y que iban á caballo. Los cuatro jóvenes se saludaron, en seguida entraron en la gruta. Diez minutos despues estaban en la orilla del lago de Agnan.

Apeáronse adversarios y testigos: los dos habian llevado espadas: echáronse suertes á fin de saber de las que se habian de servir. La suerte decidió que se sirviesen de las del príncipe Hércules.

Empeñaron el acero los dos jóvenes. La desproporcion era enorme. Apenas el adversario del príncipe Hércules habria cogido en su vida un florete tres veces, al paso que el príncipe Hércules, que habia hecho de la esgrima su diversion favorita, maneja su espada con una gracia y una soltura que no permitian dudar ni por un solo momento estaban en su favor todas las probabilidades.

Mas al primer asalto, y contra todo lo que era de esperar, fué atravesado de parte á parte el príncipe Hércules, y cayó sin exhalar un suspiro.

Acudió inmediatamente el médico: el príncipe era cadáver: la espada de su adversario le habia atravesado el corazon.

Quiso el jóven príncipe continuar el duelo; arrancó la espada de manos de su hermano: é intimó á su homicida cruzase á su vez el acero con él; pero el doctor y el segundo testigo se interpusieron entre ellos, declarando que no permitirían semejante infraccion de las leyes del duelo; de tal modo, que se vió obligado el principito á acceder á sus razones, por mas deseo que tuviese de vengar á su hermano.

Lleváronle á su casa desesperado, á pesar de que con aquel fatal acontecimiento doblaba su fortuna.

El anciano príncipe, que vivia retirado en su castillo de la Capitanata, supo la muerte de su hijo primogénito al dia siguiente del en que habia espirado. Como le habia querido siempre extraordinariamente y le dieron aquella

noticia sin ninguna precaucion, le afectó el golpe de un modo tan doloroso como inesperado. El mismo dia se metió en la cama; á los dos siguientes habia muerto.

Encontróse, pues, el principito gefe de la familia, y dueño á los veinte y un años, de una fortuna de ocho millones.

XVII

EL COMBATE

Grande fué el dolor del principe : resolvió viajar para distraerse.

Precisamente se hallaba en el puerto una fragata francesa que se aprestaba á darse á la vela para Tolon ; pidió el principe una recomendacion para el capitan y obtuvo pasaje.

No dejaron de decirle al capitan algunos amigos, cuando supieron que el principe de*** iba á embarcarse á bordo de su buque, quién era el compañero de viaje que su mala estrella le deparaba; pero el capitan era uno de esos viejos lobos marinos que no creen ni en Dios ni el diablo y no habia hecho mas que reirse de la susceptibilidad de sus amigos.